

vivía Natalia. Acababa de amueblar su palacio para trasladar á él á Natalia como no lo hubiese hecho nadie en Burdeos. Un hombre acostumbrado á los gastos de París y á los caprichos de las parisienses, era el único que podía apechugar con las desgracias pecuniarias que traía consigo un enlace con aquella criatura, que era ya tan criolla y tan gran señora como su propia madre. Allí donde un burdelés enamorado de la señorita Evangelista se hubiese arruinado, el conde de Manerville sabría evitar todo desastre. La boda era, pues, cosa hecha. Cuando se hablaba de este asunto delante de las personas de la alta sociedad realista, estas decían á Pablo frases animosas que halagaban su vanidad.

—Todo el mundo le casa á usted con la señorita Evangelista. Si lleva usted á cabo ese enlace, hará bien; no encontraría en ninguna parte, ni aun en París, más hermosa compañera: es elegante, graciosa, y, por parte de su madre, está emparentada con los Casa-Real. Harán ustedes la pareja más encantadora del mundo; tenéis los mismos gustos, las mismas aficiones, y vuestra casa será la más agradable de Burdeos. Su mujer no tendrá que llevar á casa de usted nada más que su ajuar. Para un caso análogo, una casa montada como está la suya vale tanto como una dote. No es poca suerte tampoco el encontrar una suegra como la señora Evangelista. Mujer de talento é insinuante, esa dama será para usted un gran recurso en medio de la vida política á que debe usted aspirar. Por otra parte, ella lo ha sacrificado todo á su hija, á quien adora, y Natalia será, sin duda, una buena mujer, pues ama mucho á su madre. Además, que hay que salir de una vez de la vida de soltero.

—Todo eso es hermoso y bueno, pero es preciso acabar la vida de soltero de una manera feliz—respondía Pablo que, á pesar de su amor, quería conservar su libre albedrío.

Pablo no tardó en ir con frecuencia á casa de la señora Evangelista, conducido por la necesidad de emplear en algo las horas de ocio, que soportaba él con más dificultad que ningún otro. Allí únicamente respiraba aquella grandeza y aquel lujo á que estaba acostumbrado. A los cuarenta años, la señora Evangelista era hermosa, con una hermosura semejante á la de esas magníficas puestas de sol con que terminan en verano los días sin nubes. Su inatacable reputación ofrecía á los círculos burdeleses eterno alimento de conversación, y la curiosidad de las mujeres era tanto más viva,

cuanto que la viuda ofrecía los indicios de la constitución que hace célebres á las españolas, y á las criollas particularmente. Tenía los cabellos y los ojos negros, y el pie y el talle de española, ese talle flexible, cuyos movimientos tienen nombre en España. Su rostro, siempre hermoso, seducía por esa tez de criolla cuya animación no puede ser descrita á no ser comparándola con una muselina colocada sobre un color purpúreo, pues su blancura está por todas partes igualmente rosada. Tenía formas llenas, que atraían por esa gracia que resulta de la unión de la negligencia y de la vivacidad, de la fuerza y del abandono. Atraía é imponía, y seducía sin prometer nada. Era muy alta, lo cual le daba todo el aire y todo el porte de una reina. Los hombres quedaban prendidos en su conversación como los pájaros en la liga; pues era natural propio de su carácter ese genio que la necesidad hace nacer en los intrigantes; iba de concesión en concesión, se basaba en lo que se le concedía para lograr nuevas ventajas, y sabía recular á tiempo cuando, á cambio de cualquier concesión, se le pedía algún favor. Aunque ignorante, había conocido las cortes de España y de Nápoles, la gente célebre de las dos Américas y varias familias ilustres de Inglaterra y del continente, todo lo cual le daba una instrucción tan extensa en superficie, que parecía inmensa. Recibía en su casa con ese gusto y esa grandeza que no se aprenden, y que ciertas almas adquieren por intuición, y, asimilándose lo mejor que ven en todas partes, saben procurarse una segunda naturaleza. Si su reputación de virtud era inexplicable, no por eso dejaba de procurar una gran autoridad á sus palabras, á sus acciones, y á su carácter. Aparte de todo sentimiento filial y maternal, la madre y la hija se profesaban una mutua y verdadera amistad. Ambas se comprendían á maravilla, y su perpétuo contacto no había originado nunca ningún disgusto. Mucha gente atribuía los sacrificios de la señora Evangelista á su amor maternal. Pero si Natalia consoló á su madre en su obstinada viudez, acaso no fué ésta siempre el único objeto de su consuelo. Según se decía, la señora Evangelista se había enamorado de un hombre al que la Restauración devolvió sus títulos y su dignidad de par. Este hombre, que se hubiera considerado feliz con casarse con la viuda Evangelista en 1814, en 1816 rompió decentemente con ella sus relaciones. La señora Evangelista, la mejor mujer del mundo en apariencia, tenía en su carácter una

asombrosa cualidad que sólo puede explicarse con la divisa de Catalina de Médicis: *Odiat e aspettate* (odiar y esperar). Acostumbrada á figurar y á ser siempre obedecida, se semejava á todas las reinas: amable, perfecta, agradable y simpática en el trato común, pasaba á ser terrible é implacable cuando herían su orgullo de mujer, de española y de Casa-Real. No perdonaba nunca. Esta mujer creía en el poder del odio y hacía de él un instrumento que tenía que aplastar siempre á su enemigo. Había desplegado ese fatal poder contra el hombre que se había burlado de ella. Los acontecimientos, que parecían acusar la influencia de su *jettatura*, la confirmaron en su fe supersticiosa en sí propia. Aunque era ministro y par de Francia, aquel hombre empezaba á arruinarse, y se arruinó por completo. Sus bienes, su consideración política y personal, todo tenía que perecer. Un día la señora Evangelista pudo pasar orgullosa en su arrogante carretela y lo contempló yendo á pie por los Campos Elíseos, aplastándole con una mirada, de donde brotaban ardientes chispas de triunfo. Esta mala aventura, que le había ocupado por espacio de dos años, la impidió contraer segundas nupcias. Más tarde, su orgullo le sugirió siempre tristes comparaciones entre los que le ofrecieron su mano y el marido que tan fiel y sinceramente la había amado. De esperanzas en decepciones, había alcanzado la edad en que las mujeres no podían desempeñar más papel en la vida que el de madre, sacrificándose á sus hijas, transportando á ellas todos sus intereses y ocupándose únicamente del hogar, último refugio de los afectos humanos. La señora Evangelista adivinó en seguida el carácter de Pablo, y le ocultó el suyo. Pablo era indudablemente el hombre que ella quería por yerno: un editor responsable de su futuro poder. Pertenecía por su madre á los Maulincour, y la vieja baronesa de Maulincour, amiga de Pamiers, representante del obispo y jefe de sus tropas, vivía en el centro del arrabal Saint-Germain. El nieto de la baronesa, Augusto de Maulincour, tenía una brillante posición. Pablo tenía que ser, pues, un excelente introductor de la familia Evangelista en el mundo parisiense. La viuda sólo había conocido, á largos intervalos, el París del Imperio, y quería ir á brillar al París de la Restauración. Allí únicamente se encontraban los elementos de una fortuna política, única en que una mujer puede cooperar decentemente. Obligada la señora Evangelista á vivir en

Burdeos á causa de los negocios de su marido, había acabado por cansarse, y ya no le gustaba Burdeos, porque había agotado los goces de que allí podía disfrutarse. Deseaba un teatro mayor, como los jugadores desean una gran banca. En su propio interés, proyectó preparar un gran destino á Pablo. Se propuso emplear los recursos de su talento y su ciencia de la vida en provecho de su yerno, á fin de gustar en su nombre los placeres del poder. Muchos hombres son, de este modo, las antepuertas de ambiciones femeninas desconocidas. Por otra parte, la señora Evangelista estaba interesada, por más de un concepto, en apoderarse del marido de su hija. Pablo tenía que ser necesariamente cautivado por aquella mujer, tanto más cuanto que ella fingió no querer ejercer sobre él imperio alguno. Usó, pues, todo su ascendiente para agrandarse, para agrandar á su hija y dar mucho valor á toda su casa, á fin de dominar de antemano al hombre en quien vió el medio de continuar su vida aristocrática. Pablo empezó á envanecerse, cuando vió que sabía conquistar el aprecio de la madre y de la hija. Se creyó mucho más ocurrente de lo que era al ver que sus menores palabras hacían sonreír á la señorita Evangelista y á su madre, cuya adulación parecía siempre involuntaria. Estas dos mujeres se fingieron con él tan cándidas, quedó él tan seguro de agradecerles, le gobernaron tan bien manejando las riendas de su amor propio, que no tardó mucho en pasar la mayor parte del día en el palacio de la casa Evangelista.

Un año después de su instalación en Burdeos, el conde Pablo, sin haberse declarado, estaba tan obsequioso con Natalia, que todo el mundo juzgó que le hacía la corte. Ni la madre ni la hija parecían pensar en el matrimonio. Esta guardaba con él la reserva de la gran señora que sabe ser encantadora y habla con amabilidad, sin permitir nunca que su conversación tenga nada de íntimo. Esta actitud, que es tan poco frecuente entre gentes de provincia, agradó mucho á Pablo. Las gentes tímidas caminan lentamente hacia el amor y las proposiciones bruscas les espantan. Escapan de la dicha, si esta llega bruscamente, y se entregan á la desdicha, si ésta se presenta con modestia y acompañada de tenues sombras. Pablo se empeñó él mismo al ver que la señora Evangelista no hacía esfuerzo ninguno para conquistarle. La española le sedujo diciéndole una tarde que en una mujer superior, lo mismo que en los hombres, existe una

época en que la ambición reemplazaba á los primeros sentimientos de la vida.

—Esta mujer es capaz de conseguirme una embajada antes de que yo sea nombrado diputado—pensó Pablo para sí.

Si en todas las circunstancias de su vida el hombre no escudriña y examina las cosas y las ideas bajo sus diferentes aspectos, este hombre es incompleto y débil, y corre peligro de perecer. En este momento, Pablo era optimista; veía ventajas en todo, y no consideraba que una suegra ambiciosa podía convertirse en un tirano. De este modo, cuando salía por las noches de aquella casa, el joven conde se consideraba ya casado, se seducía á sí propio, é iba acostumbrándose paulatinamente á la idea del matrimonio. En primer lugar, había gozado ya demasiado tiempo de su libertad para echarla de menos; estaba cansado de la vida de soltero, que no le ofrecía nada nuevo, y en la que sólo veía inconvenientes; mientras que si á veces pensaba en las dificultades del matrimonio, su imaginación sabía convertirlas en placeres, ya que todo era nuevo para él.

—El casamiento — se decía — sólo es desagradable para los pobres; siendo rico, la mitad de las desdichas desaparecen.

De este modo iba él aumentando el número de las ventajas de aquel casamiento.

—Por elevada que sea la posición á que yo pueda llegar — se decía él además, — Natalia estará á la altura de mi rango, lo cual no es pequeño mérito en una mujer. ¡Cuántos hombres del Imperio no he visto yo sufrir horriblemente por causa de sus mujeres! ¿No es una gran ventaja, para ser feliz, el no ver nunca herida su vanidad ni su orgullo por la compañera que se ha escogido? Con una mujer bien educada un hombre no puede ser completamente desgraciado. Natalia sabía recibir en sus salones á maravilla.

Pensando de este modo, traía á su mente el recuerdo de las mujeres más distinguidas del arrabal Saint-Germain, para convencerse de que Natalia podía, si no eclipsarlas, por lo menos igualarlas en todo. Resultaba Natalia distinguida en todo, y los términos de comparación sacados de la imaginación de Pablo, se inclinaban ante sus deseos. París le hubiese ofrecido, á diario, diversidad de caracteres que conocer, de hermosas jóvenes que apreciar, y la multiplicidad de impresiones hubiese mantenido su razón en equilibrio; mientras que en Burdeos, Natalia no tenía rival, era la flor única, y

se conducía hábilmente en un momento en que Pablo se encontraba bajo la tiranía de una idea que hace sucumbir á la mayor parte de los hombres. Estas razones de yuxtaposición, unidas á las razones de amor propio, que no tenían más salida para satisfacerse que el matrimonio, llevaron á Pablo á un estado de loco enamoramiento que tuvo la discreción de no confiar á nadie, y que hizo nacer en él el ardiente deseo de casarse. Se esforzó por estudiar á la señorita Evangelista como hombre que no quería comprometer su porvenir, pues las terribles palabras de su amigo de Marsay, zumbaban á veces en sus oídos. Pero las personas acostumbradas al lujo tiene una aparente sencillez que engaña; fingen despreciarlo, se sirven de él, y dicen que es el instrumento y no el trabajo de su existencia. Al ver las costumbres de aquellas damas tan conformes con las suyas, Pablo no se imaginó que pudiesen ocultar ninguna causa de ruina. Además, si existen algunas reglas generales para atemperar los cuidados del matrimonio, no existe ninguna para adivinarlos, ni para prevenirlos. Cuando la desgracia se interpone entre dos seres que se han propuesto hacerse la vida agradable ó fácil de llevar, nace del contacto producido por una intimidad continua que no existía cuando los dos esposos eran novios, y que no existirá tampoco mientras las costumbres y las leyes no hayan cambiado en Francia. Todo es engaño entre dos seres próximos á asociarse: pero su engaño es inocente, involuntario. Ambos creen necesariamente en días de prosperidad; ambos discuten sobre goces y venturas de que no pueden luego responder. La vida verdadera, como los días atmosféricos, se compone más bien de esos momentos nublados y tristes que encapotan la naturaleza, que de períodos en que el sol brilla y alegra los campos. Los jóvenes no ven más que los días sin nubes. Más tarde, atribuyen al matrimonio las desgracias de la vida misma, pues existe en el hombre una inclinación natural á buscar la causa de sus desgracias en las cosas ó en los seres que le son más inmediatos.

Para descubrir en la actitud ó en la fisonomía, en las palabras ó en los gestos de la señorita Evangelista los indicios que hubiesen revelado el cúmulo de imperfecciones que constituían su carácter, como el de toda criatura humana, Pablo hubiera tenido que poseer, no sólo la ciencia de Lavater y de Gall, sino, además, una ciencia para cuyo estudio no existe cuerpo de doctrina, la ciencia individual del observador que

exige conocimientos casi universales. Como todas las jóvenes, Natalia tenía un rostro impenetrable. La paz profunda y serena que imprimen los escultores á los rostros de las vírgenes destinadas á representar la Justicia, la Inocencia y demás divinidades que desconocen las agitaciones terrestres, esa calma es el mayor encanto de una joven, es el símbolo de su pureza, nada aún la conmueve; ninguna pasión abortada, ningún interés vendido ha matizado la plácida expresión de su rostro; ¿está risueña? entonces la virgen ha desaparecido. Siempre al lado de su madre, Natalia, como toda mujer española, sólo había recibido una instrucción puramente religiosa y algunas lecciones de madre á hija, útiles para el papel que tenía que desempeñar. La tranquilidad de su rostro era, pues, natural. Pero formaba un velo, bajo el cual se ocultaba la mujer, del mismo modo que la larva esconde á la mariposa. No obstante, un hombre que hubiese sabido manejar hábilmente el escalpelo del análisis hubiese sorprendido en Natalia algunas de las dificultades que su carácter tenía que ofrecer para la vida conyugal ó social. Su belleza, verdaderamente maravillosa, dependía de una excesiva regularidad de facciones en armonía con las proporciones de la cabeza y del cuerpo. Esta perfección de cuerpo es de muy mal augurio para el alma. Se encuentran pocas excepciones en esta regla. Toda naturaleza superior tiene en la forma material ligeras imperfecciones que se convierten en irresistibles atractivos, y puntos luminosos en donde brillan los sentimientos opuestos y donde se detienen las miradas. Una perfecta armonía anuncia la desigualdad de las organizaciones mixtas. Natalia tenía el talle redondo, signo de fuerza, pero indicio indudable de una voluntad que se convierte en testarudez en aquellas personas cuya alma no es ni viva ni grande. Sus manos de estatua griega confirmaban las predicciones del rostro y del talle, anunciando un espíritu de poder ilógico, el querer por el querer. Sus cejas se juntaban, y, según los observadores, este rasgo indica tendencia á los celos. En las almas superiores, los celos se convierten en emulación, y engendran, á veces, grandes cosas; los de las almas pequeñas se convierten en odio. El *odiate e aspettate* de la madre existía palpablemente en la hija. Sus ojos, negros en apariencia, pero en realidad de un moreno anaranjado, contrastaban con sus cabellos de color rubio alconado, tan apreciado entre los romanos, que recibe el nombre de *auburn* en Ingla-

terra, y que son casi siempre los cabellos propios del niño nacido de dos personas de pelo negro, como eran el señor y la señora Evangelista. La blancura y la delicadeza de la tez de Natalia daban atractivos inexplicables á esta oposición de color entre sus cabellos y sus ojos, pero atractivos puramente exteriores; pues siempre que las líneas de un rostro carecen de cierta redondez, por muy bien acabado que esté y por mucha que sea la gracia de los detalles, no transportéis nunca al alma los felices presagios del rostro. Estas rosas de una juventud engañosa se deshojan, y quedáis sorprendidos, después de algunos años, al ver la sequedad y la dureza allí donde admirábais la elegancia de las cualidades nobles. Aunque los contornos de su rostro tenían algo de augusto, la barba de Natalia era ligeramente lustrosa, lo cual sirve para explicar la preexistencia de sentimientos cuya violencia no debía declararse hasta la mitad de su vida. Su boca, un poco hundida, expresaba un orgullo arrogante en armonía con sus manos, su barba, sus cejas y su hermoso talle. Finalmente, el último detalle que por sí solo bastaría para que un conecedor formase juicio, era la voz pura de Natalia, pues aquella voz tan seductora tenía tonos metálicos. A pesar de la dulzura con que manejaba su voz, á pesar de la gracia con que los sonidos brotaban de las espirales del órgano vocal, éste anunciaba el carácter del duque de Alba, de quien descendían colateralmente los Casa-Real. Estos indicios suponían pasiones violentas sin ternura, abnegaciones bruscas, odios irreconciliables, espíritus sin inteligencia y el deseo de dominar, natural en las personas que se sienten inferiores á sus pretensiones. Estos defectos, nacidos del temperamento y de la constitución, compensados acaso con las cualidades de un corazón generoso, estaban escondidos en Natalia, como está el oro en la mina, y no debían brotar al exterior á no ser impulsados por los duros tratamientos y los choques á que todos los caracteres están expuestos en el mundo. En este momento, la gracia y la frescura de la juventud, la distinción de sus maneras, su santa ignorancia y la lindeza de la joven, cubrían sus facciones de un barniz delicado que engañaba necesariamente á los hombres poco observadores. Además, su madre le había comunicado, siendo aun muy joven, esa agradable charla que se burla de toda conversación superior, que responde con chistes á las objeciones, y que seduce con una graciosa volubilidad, bajo la cual una mujer oculta la

dureza de su alma como la naturaleza oculta los terrenos ingratos con el manto de las plantas efímeras. En una palabra, Natalia tenía el encanto de las niñas mimadas que no han conocido el sufrimiento; atraía por su franqueza, y no tenía ese aire solemne que las madres imponen á sus hijas cuando les trazan un programa de modales y de lenguajes ridículos en el momento de casarlas. Se mostraba risueña y franca como la joven que no sabe nada del matrimonio, que no espera en él más que placeres, que no prevé ninguna desgracia, y que cree adquirir con él el derecho de hacer siempre su voluntad. ¿Cómo Pablo, que amaba como se ama cuando el deseo aumenta el amor, había de reconocer en una muchacha de este carácter, y cuya belleza le deslumbraba, á la mujer tal como había de ser á los treinta años, cuando algunos observadores hubieran podido engañarse juzgando por las apariencias? Si bien es verdad que la dicha era difícil en un matrimonio con aquella muchacha, no era imposible. A través de estos defectos en germen, brillaban algunas cualidades hermosas. Manejada por un maestro hábil, no hay cualidad que no pueda ahogar los defectos, sobre todo en una joven que ama. Pero para hacer dúctil á una mujer tan poco maleable, era necesaria aquella mano de hierro de que hablaba de Marsay á Pablo. El petimetre parisiense tenía razón. El temor, inspirado por el amor, es un instrumento infalible para manejar á una mujer. Quien ama, teme; y quien teme, está más próximo al afecto que al odio. ¿Tendría Pablo la sangre fría, el juicio y la firmeza que exigía esta lucha que un marido hábil no debe dejar sospechar á una mujer? Además, ¿amaba Natalia á Pablo? Como la mayor parte de las jóvenes, Natalia tomaba por amor aquellos primeros movimientos del instinto y el placer que le causaba el exterior de Pablo, sin saber nada de las cosas del matrimonio, ni de las del hogar. Para ella el conde de Manerville, el aprendiz diplomático que conocía las cortes de Europa, el joven elegante de París, no podía ser hombre ordinario, sin fuerza moral, tímido á la par que valeroso, enérgico, acaso, en la adversidad, pero sin defensa contra los fastidios que destruyen la dicha. ¿Tendría ella más tarde bastante tacto para distinguir las buenas cualidades de Pablo en medio de sus defectos? ¿No aumentaría ella los unos y olvidaría las otras, según las costumbres de las jóvenes que no conocen la vida? Existe una edad en que la mujer perdona los vicios á quien le evita contrariedades

y en que considera las contrariedades como desgracias. ¿Qué fuerza calculadora y qué experiencia mantendrían é iluminarían á esta joven pareja? ¿No creerían Pablo y su mujer amarse, cuando, en realidad, sólo serían presa del atractivo de esos cariñosos mimos que los jóvenes se permiten en la luna de miel, y de esas atenciones que los maridos tienen al volver de un baile cuando son aún presa de las gracias del deseo? En esta situación, ¿no se prestaría Pablo á la tiranía de su mujer, en lugar de establecer su imperio? ¿Sabría Pablo decir: no? Allí donde un hombre fuerte hubiese acaso corrido riesgo, todo era peligro para un hombre débil.

El objeto de este estudio no es la transición del estado de soltero al de casado, pintura que, ampliamente desarrollada, no carecería del atractivo que da la tempestad interior de nuestros sentimientos á las cosas más vulgares de la vida. Los acontecimientos y las ideas que influyeron en el casamiento de Pablo con la señorita Evangelista, son una introducción á la obra, destinada únicamente á describir la gran comedia que precede á todo enlace conyugal. Aunque ofrece recursos nuevos para dar pasto á la pluma hasta aquí, esta escena ha sido olvidada por los autores dramáticos. Esta escena, que influyó mucho en el porvenir de Pablo, y que la señorita Evangelista veía venir con terror, es la discusión á que dan lugar los contratos matrimoniales en todas las familias nobles ó plebeyas, pues las pasiones humanas se agitan tan vigorosamente cuando se trata de intereses pequeños como cuando se trata de grandes. Estas comedias, desempeñadas ante un notario, se parecen todas, poco ó mucho, á ésta, cuyo interés estará, más bien que en las páginas de este libro, en los recuerdos que traerá á la mente de las gentes casadas.

Al principio del invierno de 1822, Pablo de Manerville pidió la mano de la señorita Evangelista, por mediación de su tía segunda la baronesa de Maulincour. Aunque la baronesa no pasaba nunca más de dos meses en Medoc, permaneció allí hasta fines de octubre con objeto de acompañar á su sobrino en esta circunstancia, y desempeñar el papel de madre. Después de haber hecho la primera petición á la señora Evangelista, la tía, anciana experta, fué á dar cuenta á Pablo del resultado de su comisión.

—Hijo mío—le dijo,—la cosa está hecha. Hablando de asuntos de interés, he sabido que la señora Evangelista no

da nada de lo suyo á su hija. La señorita Natalia se casa únicamente con lo que tiene. ¡Cásate, hijo mío! La gente que tiene un nombre, tierras que transmitir y una familia que conservar, ha de casarse tarde ó temprano. Mucho deseo ver á mi querido Augusto tomar el mismo camino. Como te has de casar lo mismo sin mí, ya no me queda qué hacer más que darte mi bendición, puesto que las mujeres tan viejas como yo nada tienen qué hacer en una boda. Partiré, pues, mañana para París. Cuando presentes á tu mujer en el mundo, tendré el gusto de verla más despacio en mi casa. Si no tuvieseis palacio en París, encontraríais albergue en mi casa, y con gusto haré preparar para vosotros el segundo piso de ella.

—Querida tía, le doy las gracias—dijo Pablo.—Pero ¿cómo interpreta usted las palabras: «su madre no le da nada y la joven se casa con lo que tiene»?

—La madre, hijo mío, es una mujer astuta que se aprovecha de la belleza de su hija para imponer condiciones y no dejarle más que lo que no puede quitarle: la fortuna del padre. Nosotros, los ancianos, conocemos la importancia de los bienes materiales. Te aconsejo que des instrucciones á tu notario. El contrato, hijo mío, es uno de los deberes más santos. Si tu padre y tu madre no lo hubiesen hecho, hoy acaso te verías sin camisa. Tendréis hijos, que son las consecuencias naturales del matrimonio, y es preciso pensar en ellos. No dejes de ver al señor Matías, nuestro antiguo notario.

La señora de Maulincour partió, dejando á Pablo sumergido en extrañas dudas. ¡Su suegra era una mujer astuta! Era preciso debatir la cuestión de intereses en el contrato y defenderlos; pues ¿quién los atacaba? Siguió el consejo de su tía y confió á maese Matías el cuidado de redactar el contrato. Sin embargo, estos presentidos debates le preocuparon de tal modo, que no entró sin emoción en casa de la señora Evangelista, á la que iba á anunciarle sus intenciones. Como todos los hombres tímidos, temblaba ante la idea de que pudiesen adivinar las desconfianzas que su tía le había sugerido y que le parecían insultantes. Para evitar el menor choque con una persona tan imponente como era para él su futura suegra, inventó esas circunlocuciones naturales á las personas que no se atreven á abordar de frente las dificultades.

—Señora—dijo aprovechando un momento en que Nata-

lia se había ausentado,—ya sabe usted lo qué es un notario de familia; el mío es un buen anciano que tendría un verdadero disgusto si no hubiese de encargarse de redactar mi contrato de...

—¡Cómo! querido mío—le respondió interrumpiéndole la señora Evangelista—pero ¿los contratos matrimoniales no acostumbran á hacerse siempre mediante la intervención de los notarios de ambas partes?

El tiempo que Pablo había permanecido en silencio antes de plantear esta cuestión, la señora Evangelista lo había empleado en preguntarse: «¿En qué piensa?»; pues las mujeres poseen en alto grado el conocimiento de los pensamientos por el aspecto de las fisonomías. En su mirada turbada y en la emoción de su voz, que denotaba en Pablo una lucha interior, adivinó la futura suegra las observaciones de la tía.

—En fin—se dijo para sus adentros—el día fatal ha llegado, la crisis empieza, ¿cuál será su resultado?—Mi notario es el señor Solonet—dijo después de una pausa,—el vuestro es el señor Matías; les invitaré á comer mañana, y ellos se entenderán sobre este asunto. ¿No es su misión conciliar los intereses sin que nosotros nos mezclemos en ellos, del mismo modo que los cocineros se encargan de hacernos la comida?

—Tiene usted razón—respondió el conde dejando escapar un imperceptible suspiro de contento.

Por una singular rareza, Pablo, cuya conducta era correctísima, temblaba, y la señora Evangelista parecía tranquila, cuando en realidad experimentaba horribles ansiedades. Esta viuda debía á su hija la tercera parte de la fortuna que había dejado el señor Evangelista, un millón doscientos mil francos, y, aunque se privase de todos sus bienes, no podía de ningún modo saldar su cuenta. Iba, pues, á ponerse á merced de su yerno. Aunque ella tenía un dominio absoluto sobre Pablo, éste, instruido por su notario, ¿transigiría con las cuentas de la tutela? Por otra parte, si la boda se deshacía, todo el mundo sabría los motivos, y el casamiento de Natalia llegaría á hacerse casi imposible. Esta madre que quería la dicha de su hija, esta mujer que desde su nacimiento había vivido noblemente, pensó que al día siguiente iba á descubrirse su improbidad. Como esos grandes capitanes que quieren borrar de su vida el momento en que fueron secretamente cobardes, ella hubiese querido poder

cercenar aquella fecha del número de sus días. Indudablemente, algunos de sus cabellos blanquearon durante aquella noche en que, enfrente de los hechos, se reprochó su abandono al sentir las duras necesidades de su situación. En primer lugar, tenía que espontanearse con su notario, á quien había mandado á llamar para la hora de levantarse. Era preciso confesar una angustia interior que ella no había querido nunca confesarse á sí propia, pues siempre había marchado hacia el abismo contando con una de esas casualidades que no se presentan nunca. En su alma se produjo, contra Pablo, un ligero movimiento en que no había odio, ni aversión, ni nada malo aun; ¿pero no era él la parte contraria de aquel proceso secreto? ¿no pasaba á ser, sin quererlo, un inocente enemigo á quien era preciso vencer? ¿Quién ha amado nunca al engañado? Obligada á usar de astucias, la española resolvió, como hacen todas las mujeres, desplegar su superioridad en este combate, de cuya vergüenza sólo podía librarse con una completa victoria. En medio del sosiego de la noche, pensó en su falta, y se disculpó á sí propia por una serie de razonamientos que le sugirió su orgullo. ¿No se había aprovechado Natalia de sus disipaciones? ¿Había en su conducta algo bajo é innoble que manchase su alma? Ella no sabía contar, ¿era esto un crimen, un delito? ¿No podía considerarse bastante feliz un hombre con poseer á Natalia? El tesoro que había conservado, ¿no valía un finiquito? ¿No hay hombres que adquieren la mujer amada á costa de mil sacrificios? ¿Por qué se había de hacer menos por una mujer legítima que por una querida? Por otra parte, Pablo era un hombre nulo, incapaz, y ella desplegaría por él todos los recursos de su talento y le prepararía un brillante porvenir; de este modo le sería deudor de su poder; ¿no se desquitaría de este modo de su deuda? ¿Sería un tonto si dudaba! ¿Dudar por algunos escudos más ó menos...? Sería una infamia.

—Si el éxito no se decide desde un principio—se dijo—dejaré á Burdeos, y siempre podré preparar un porvenir á Natalia capitalizando lo que me queda, palacio, diamantes, mobiliario, dándole todo y reservándome únicamente una pensión.

Quando un alma bien templada se procura un retiro como Richelieu en Brouage, y se marca un fin grandioso, se forja un punto de apoyo que le ayuda á triunfar. En caso de des-

gracia, este desenlace tranquilizó á la señora Evangelista, que se durmió llena de confianza en su padrino en este duelo. Contaba mucho con el concurso del notario más hábil de Burdeos, el señor Solonet, joven de veintisiete años, condecorado con la cruz de la Legión de Honor por haber contribuido muy activamente á la segunda vuelta de los Borbones. Feliz y orgulloso de ser recibido en casa de la señora Evangelista, más bien que como notario, como individuo perteneciente á la sociedad realista de Burdeos, Solonet había concebido por la hermosa viuda, una de esas pasiones que las mujeres como la señora Evangelista rechazan, pero que no dejan de halagarlas, y que las más prudentes mantienen á flor de agua. Solonet permanecía en una actitud vanidosa, á la par que llena de respeto y de esperanza. Este notario se presentó al día siguiente con el apresuramiento del esclavo, y fué recibido en el dormitorio por la coqueta viuda, que se mostró á sus ojos con el desorden propio de un sabio preocupado.

—¿Puedo contar con la discreción y adhesión completas de usted en la discusión que ha de tener lugar esta tarde?—le dijo.—Ya comprenderá que se trata del contrato matrimonial de mi hija.

El joven se deshizo en galantes protestas.

—Al grano—dijo ella.

—Escucho á usted—respondió el notario pareciendo fijar toda su atención.

La señora Evangelista le expuso crudamente su situación.

—Hermosa señora, eso no es nada—dijo Solonet tomando un aire protector, una vez que la señora Evangelista le citó cifras exactas.—¿En qué situación se encuentra el señor de Manerville? Aquí las cuestiones morales dominan á las cuestiones de derecho y de interés.

La señora Evangelista le hizo presente su superioridad. El joven notario supo con vivo placer que hasta aquel día su cliente había guardado la más alta dignidad en sus relaciones con Pablo; que, mitad por serio orgullo, mitad por involuntario cálculo, se había conducido constantemente como si el conde de Manerville fuese inferior á ella, como si fuese un honor para él el casarse con su hija; ni una ni otra habían dado motivos para que pudiese creerse que obrasen por miras interesadas; sus sentimientos parecían desprovistos de toda mezquindad; á la menor dificultad de intereses